

POR LA AUTORA DEL BESTSELLER
DENTRO DE CASA

AÚN SIGUEN AQUÍ

**NO PUEDES
ESCONDERTE
DEL PASADO**

LISA JEWELL

Lisa Jewell

Aún siguen aquí

Traducción de Verónica García





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Family Remains*

© del texto: Lisa Jewell, 2022

© de la traducción: Verónica García, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2025

Depósito legal: B. 237-2025

ISBN: 978-84-08-29869-4

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

1

Julio de 2018

Aún adormilada, Rachel miró la pantalla de su móvil. Un número francés. El teléfono se le escurrió de la mano al suelo y lo volvió a coger solo para quedarse mirando el número con los ojos como platos; la adrenalina la anegaba a pesar de que no eran ni las siete de la mañana.

Al final, descolgó. Tomó aire.

—¿Sí?

—*Bonjour*, buenos días. Soy la detective Avril Loubet, de la policía municipal de Niza, Costa Azul. ¿Hablo con la señora Rachel Rimmer?

—Sí —respondió—. Soy yo.

—Señora Rimmer, lamento decirle que la llamo para darle una noticia muy desagradable. Por favor, dígame: ¿está usted sola?

—Sí. Estoy sola.

—¿Puede llamar a alguien para que vaya a hacerle compañía?

—Sí, mi padre vive aquí cerca. Pero, por favor, dígame qué ha pasado.

—Bueno, lamento comunicarle que esta mañana, a primera hora, la asistente de su marido Michael Rimmer ha

encontrado su cuerpo sin vida en el sótano de su casa, en Antibes.

Rachel emitió un sonido: una aspiración repentina que sonó como el silbido de una locomotora a vapor.

—Ay —dijo—. ¡No!

—Lo lamento mucho, pero así es. Parece haber sido apuñalado hace varios días. Lleva muerto al menos desde el fin de semana.

Rachel se incorporó y se pasó el teléfono a la otra oreja.

—Pero... ¿sabe por qué? ¿O quién ha sido?

—Los agentes de la policía científica están investigando la escena del crimen. Recopilaremos todas las pruebas que podamos. No obstante, parece que las cámaras de vigilancia habían sido desactivadas y que el señor Rimmer había dejado la puerta trasera abierta. Lamento no poder darle detalles más concretos por el momento, señora Rimmer. Lo siento de veras.

Rachel colgó la llamada y dejó que el teléfono le cayera sobre el regazo.

Se quedó mirando por la ventana con la mirada perdida; el sol estival entraba por los bordes de la persiana. Suspiró hondo. Luego se bajó el antifaz, se tumbó de costado y se volvió a dormir.

2

Junio de 2019

Me llamo Henry Lamb. Tengo cuarenta y dos años. Vivo en el mejor apartamento de un bloque de pisos de estilo *art déco* a la vuelta de la esquina de Harley Street. ¿Que cómo sé que es el mejor? Porque me lo dijo el portero. Cuando me sube un paquete —no está obligado a hacerlo, pero es tan cotilla que lo hace solo para fisgonear—, mira por encima de mi hombro y sus ojos se iluminan solo con ver el trocito de interior que se vislumbra desde la puerta de entrada. Contraté a un diseñador. Tengo un gusto exquisito, pero no sé cómo combinar elementos elegantes entre sí para crear armonía visual. No, no se me da nada bien crear armonía visual. No pasa nada. Se me dan bien muchas otras cosas.

En estos momentos no vivo solo —rotundamente no—. Antes de que llegaran, me sentía muy solo. Regresaba cada tarde a mi piso inmaculado, en el que me había gastado una millonada para renovarlo, y solo me esperaban mis malencarados gatos persas. Y pensaba: «Qué agradable sería tener a alguien con quien charlar acerca de cómo me ha ido el día». O: «Cuánto me gustaría que hubiese alguien en la cocina preparándome una buena comida, descorchando una botella de algo frío o, aún mejor, llenando la coctelera». Me daba

lástima mi propia situación, y esto duró muchos años. Pero ahora hace más de doce meses que tengo invitados —mi hermana Lucy con sus dos hijos— y jamás estoy solo.

Hay gente en la cocina constantemente, pero no me preparan cócteles ni desbullan ostras ni me preguntan qué tal me ha ido el día; usan mi parrilla eléctrica para prepararse bocatitas calentitos, como ellos los llaman, usan el cazo que no deben para hacerse chocolate caliente y se confunden al separar para reciclar. Se pasan el día viendo vídeos bulliciosos e ininteligibles en los móviles que yo mismo les compré y gritándose cuando no hay ninguna razón para hacerlo. Y luego está el perro. Una especie de Jack Russell terrier que mi hermana se encontró en las calles de Niza hace cinco años cuando rebuscaba en los contenedores de basura. Se llama *Fitz* y me adora. El sentimiento es recíproco. En el fondo, me gustan más los perros y solo me compré a los gatos porque son más apropiados para la gente egoísta como yo. Hice un test *online* —«¿Cuál es tu raza de gato ideal?»—, respondí treinta preguntas y el resultado fue el persa. Creo que no se equivocaba. El único gato con el que había tenido contacto antes en mi vida fue una criatura rencorosa con garras afiladas que vivió en mi casa cuando yo era pequeño. Sin embargo, estos persas son un mundo aparte. Exigen que los quieras; no te dejan elección. En cambio, no tragan a *Fitz* y detestan que yo le preste atención. La relación entre los animales es horrenda.

Mi hermana se mudó a mi casa el año pasado por razones que no soy capaz ni de empezar a verbalizar. La versión resumida es que estaba en la calle. La versión extendida requeriría que escribiese una redacción. La versión intermedia es que, cuando yo tenía diez años, nuestra —enorme— casa fue invadida por un cruel timador y su familia. A lo largo de más de cinco años, dicho estafador fue lavando el cerebro a

nuestros padres y los dejó sin blanca. Usó nuestro hogar como prisión y como patio de recreo, y no cejaba hasta que conseguía exactamente lo que quería de todos los que lo rodeábamos, su propia esposa y los hijos de ambos inclusive. Sucedieron incontables hechos atroces en esos años; por ejemplo, mi hermana se quedó embarazada a los trece años, dio a luz a los catorce y abandonó a su hija de diez meses en Londres y huyó al sur de Francia cuando apenas había cumplido los quince. Tuvo otros dos hijos con dos hombres distintos, los alimentó y los vistió con dinero que se ganaba tocando el violín en las calles de Niza, pasó varias noches al raso y luego decidió volver a casa cuando —entre muchas otras circunstancias— creyó que podía echarle mano a la cuantiosa herencia que mis padres habían dejado en fideicomiso.

En fin, la buena noticia es que la semana pasada al fin se hizo efectivo el fideicomiso y ahora —aquí iría bien un toque de fanfarria— los dos somos millonarios, lo que implica que se puede comprar una casa propia, y ella, sus hijos y su perro podrán mudarse de una vez por todas y yo volveré a disfrutar de mi soledad.

Entonces no me quedará más remedio que encarar la nueva fase de mi vida.

Los cuarenta y dos son una edad extraña. No eres joven, pero tampoco viejo. Si fuese hetero, supongo que estaría desesperado, corriendo de aquí para allá en busca de una esposa a la que aún le funcionasen los ovarios. Sin embargo, no soy hetero, y tampoco es que ningún hombre desee formar una pareja estable y duradera conmigo, de modo que estoy en la peor situación posible: soy un gay imposible de amar y a quien el físico le está empezando a fallar.

Matadme.

No obstante, aún queda un rayo de esperanza en el futuro. El dinero está bien, pero no es eso lo que refulge. Lo que

refulge es una pieza del puzle de mi pasado que yo creía perdida; un hombre del que llevo enamorado desde que ambos éramos unos críos en la casa de los horrores en la que crecimos. Un hombre que ahora cuenta cuarenta y tres años, lleva una barba bastante desaliñada y unas marcadas líneas de expresión. Un hombre que trabaja de guardabosques en Botsuana. Un hombre que es —giro de la trama— el hijo del estafador que me destrozó la infancia. Y también —segundo giro de la trama— el padre de mi sobrina Libby. Sí, Phineas dejó embarazada a Lucy cuando él tenía dieciséis años y ella trece, asunto que está mal en muchos niveles. Sería lógico pensar que eso me haría olvidarlo, y sí, durante un tiempo así fue. No obstante, todos hicimos cosas malas en esa casa; ni uno salió sin una mancha en su expediente. He aceptado que nuestros pecados fueron medios de supervivencia.

Llevo sin ver a Phineas Thomsen desde que yo tenía dieciséis años y él dieciocho. No obstante, la semana pasada, el novio de mi sobrina, que es periodista de investigación, nos dijo que lo había encontrado. Una especie de regalo de cumpleaños superconsiderado por su parte: «Toma, cariño, te regalo un padre desaparecido».

Así que en esas estoy, enclaustrado en la calma de mi habitación en una brillante mañana de junio, con el portátil encendido, acariciando el ratón táctil con los dedos, moviendo el cursor por la página web de la reserva natural donde trabaja; lugar que pretendo visitar dentro de muy muy poco.

Phin Thomsen es como se hacía llamar cuando vivíamos juntos de pequeños.

Finn Thomsen es el seudónimo detrás del que se ha ocultado todos estos años.

Qué cerca anduve. Solo había que cambiar la «Ph» por una «F». Podría haberlo encontrado hace años si hubiese juguetado un poco con el alfabeto. Qué jugada más intelligen-

te. Muy inteligente. Phin es la persona más inteligente que he conocido en mi vida. Bueno, aparte de mí, claro está.

Me sobresalto cuando oigo que llaman a la puerta. Suspiro.

—¿Sí?

—Henry, soy yo. ¿Puedo pasar?

Es mi hermana. Vuelvo a suspirar y cierro la tapa del portátil.

—Sí, claro.

Abre la puerta lo justo para deslizarse por el hueco que deja y luego la cierra con cuidado tras de sí.

Lucy es una mujer muy grata a la vista. El año pasado, cuando la vi por primera vez desde que ambos éramos adolescentes, me sorprendió lo guapa que era. Su cara cuenta historias, aparenta cada uno de sus cuarenta años, apenas se arregla, viste como un saco de harapos y, aun así, siempre es la mujer más guapa de cualquier lugar. Hay algo en la yuxtaposición de sus ojos entre ambarino y avellana y las vetas doradas de su pelo, en su liviandad, en lo melifluo de su voz, en su forma de moverse y su prestancia, en la manera en que toca las cosas y en cómo mira. Mi padre parecía una empanada de carne con patas, pero mi hermana tuvo la suerte de heredar la belleza de nuestra elegante madre medio turca. Yo quedé a caballo de los dos. Por suerte, tengo el cuerpo de mi madre, pero por desgracia heredaré las facciones chabacanas de mi padre. He hecho lo que he podido con lo que la naturaleza me ha dado. No se puede comprar el amor, pero sí una mandíbula marcada, dientes alineados y labios carnosos.

Mi cuarto se inunda del aroma del aceite que mi hermana usa para acondicionar su cabello; un mejunje que viene en una botella de cristal marrón y que parece que haya comprado en una feria rural.

—Quería hablar contigo —me dice, y quita una chaque-

ta de una silla que hay en una esquina de mi dormitorio para poder sentarse— sobre lo que pasó la semana pasada en la fiesta de cumpleaños de Libby.

Le lanzo una mirada de «Sí, te escucho. Continúa».

—Sobre lo que les dijiste a ella y a Miller.

Libby es mi sobrina. La hija que Lucy tuvo con Phin a los catorce años. Miller es su novio periodista. Asiento.

—¿Pretendes ir a Botsuana con ellos?

Asiento de nuevo. Sé lo que me va a decir.

—¿En serio?

—Sí, por supuesto.

—¿Crees...? ¿Te parece buena idea?

—Sí, creo que es una idea estupenda. ¿Por qué no?

—No lo sé. Es que creo que lo plantean como una escapada romántica, ellos dos solos...

Chasqueo la lengua.

—Él pretendía invitar a su madre; no creo que lo tomase como un viaje romántico.

Obviamente, lo que estoy diciendo no tiene ningún sentido, pero me he puesto a la defensiva. Miller quiere llevar a Libby a Botsuana para que se reencuentre con su padre, a quien no ha visto desde que era una bebé. Pero Phin también forma parte de mí. Una parte enorme, casi todo mi ser. Literalmente —y lo digo de verdad— he pensado en él cada hora, al menos una vez, desde los dieciséis años. ¿Cómo no voy a querer ir a verlo ahora; es más, ahora mismo?

—No les molestaré —propongo—. Los dejaré a su aire.

—Ya —dice Lucy poco convencida—. ¿Y a qué te dedicarás?

—Pues... —me detengo. ¿A qué pienso dedicarme? No tengo ni idea. A estar con Phin.

Y después... Bueno, después ya veremos lo que sucede, ¿no?